





LA NOCHE  
DE LAS LUCIÉRNAGAS



L. J Pruneda

LA NOCHE  
DE LAS LUCIÉRNAGAS



Primera edición: mayo de 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© L. J Pruneda

ISBN: 978-84-19340-18-4

ISBN digital: 978-84-19340-19-1

Depósito legal: M-12242-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hermano,  
a mi amigo.  
Seve, allá donde estés,  
siempre me acompañas.*



Cada libro tiene un alma. El alma de la persona que lo escribió y de aquellos que lo leyeron y vivieron con él.

CARLOS RUIZ ZAFÓN

Tu hogar no es donde naciste; el hogar es donde todos tus intentos de escapar, cesan.

NAGUIB MAHFOUZ

Da un poco de amor a un niño y obtendrás mucho de vuelta.

JOHN RUSKIN



Ven a *La noche de las luciérnagas* e inicia un camino hacia...

Ilusiones de vida hilvanadas con gotas de agua  
Recuerdos del ayer  
Pájaros hambrientos que sobrevuelan el cielo  
Un hombre que ríe cinco minutos antes de morir  
Una vaca, grande, muy grande, que se mueve sin prisa sobre el asfalto de la  
carretera  
Lamentos que quiebran ilusiones  
Y luego...  
Un viaje al pasado para crear el futuro  
Una venganza sin resolver  
Lágrimas en el cielo que irradiarán esperanza en la tierra  
Laberintos de libélulas que tejen intensas noches de luciérnagas  
Y al final...  
Llegarán mil batallas por dentro que dibujarán mil sonrisas por fuera.

Ven, pasea a tu propio ritmo, sin olvidar que para que la historia esté completa, tienes que acariciar las ilusiones de sus personajes, aspirar el propio perfume de la incertidumbre y las dudas, abrazar los recuerdos olvidados y dejar macerar las emociones que nazcan dentro de ti.

Ven, deja que la luz de las luciérnagas en la noche ilumine tu camino.



La luna dormida sobre su cuarto creciente atraviesa la noche con lentitud, de repente suena la música; es un relámpago, solo un instante, un soplo de vida, y entonces te das cuenta que es esa melodía que ya has disfrutado decenas de veces, y hoy... hoy, por alguna razón misteriosa, trae ante ti el sabor de ese momento especial, de esa persona, ese lugar donde estuviste y te gustaría volver.

Cierras los ojos.

Suspiras.

Tarareas mentalmente.

Sonríes.

Sabes que esa canción, para siempre, será parte de tu vida.

Sergio y Estibaliz: *Cantinero de Cuba*

Beethoven, interpretada por Clayderman: *Para Elisa*

Kenny Rogers: *Ruby don't take your love to town*

Nino Bravo: *Un beso y una flor*

Melendi: *Desde que estamos juntos*

Rosario Flores y El Cigala: *Te quiero, te quiero*

Camila Cabello: *Havana*

Melendi/A. Sanz: *Déjala que baile*

Mark Knopfler: *Sultans of Swing*

Antonio Orozco: *Eres*

Luther Johnson: *Lonesome in my bedroom*

Blas Cantó: *Él no soy yo*

Raphael: *Mi gran noche*

Ainoa Arteta: *Ave María* de Schubert

Morat: *Acuérdate de mí*

AC/DC: *Thunderstruck*

Dúo Dinámico: *Resistiré*

Celia Cruz: *La vida es un carnaval*

Las melodías incluidas en esta historia te acompañarán durante toda su lectura y formarán por siempre parte de la banda sonora de *La noche de las luciérnagas*.



## PRIMERA PARTE

He huido tanto,  
que necesito contemplar el mar  
para poder evocar  
el temblor de tu boca.  
FEDERICO GARCÍA LORCA



# 1

## **Unión:**

*Acción y efecto de unir o unirse.*

*Conformidad y concordia de los ánimos, voluntades o dictámenes.*

*Alianza, confederación, compañía. Acción y efecto de unirse en matrimonio.*

*Grado de perfección espiritual en que el alma, desasida de toda criatura, se une con su Creador por la caridad, de suerte que solo aspira a cumplir en todo, la voluntad divina.*

Es difícil hablar y comunicar con palabras toda la profundidad de tus sentimientos cuando sientes que el corazón te estalla.

*Sueños en el aire  
Vuelos al viento  
Piruetas en el cielo  
Aleteos juguetones  
planeo de brillantes plumas sobre el horizonte  
Vida y libertad.*

Mientras la ciudad de Matanzas duerme perezosamente, sumida en el sopor de la noche, la puerta de la cabaña número 12 del campismo de Río San Juan, se abre describiendo el eco de un latigazo que restalla poderoso sobre las sombras de la noche, la madera casi se rompe ante el fuerte impacto que recibe contra la pared. Los inquilinos de la habitación, aunque lo intentan, apenas aciertan a cerrar la puerta de nuevo. Entre jadeos finalmente lo consiguen imprimiendo una patada sobre la hoja de madera.

Un gemido de placer traspasa el aire, tal y como lo haría un cometa recorriendo con su manto las estrellas.

Laura se aferra a los brazos de su marido para cruzar el umbral en volandas, lo hace sumida en un vertiginoso laberinto de besos y excitadas emociones. Con la dulzura del amor germinando entre sus dedos, él la coloca suavemente sobre la cama en un gesto cargado de ternura.

Se miran profundamente a los ojos.

Carbón frente a carbón.

Pasión frente a sensualidad.

Y entonces se desencadena un voluminoso incendio de sensaciones que esculpe sus almas con las llamas de un fuego abrasador.

Exploran.

Bucean.

Se devoran a besos.

El hombre se recrea con cada prenda que deja caer al suelo, con cada centímetro de la brillante piel de ébano de su mujer. La desnuda con lentitud, hasta que consigue dejar al descubierto un cuerpo escultural de heroína curtida en mil batallas ganadas.

En el aire se escucha una melodía de suspiros que envuelven más suspiros. De jadeos sostenidos de pasión y complicidad.

La habitación se llena de caricias que iluminan con sus destellos la oscuridad de la noche. Las manos vuelan y entrelazan sus dedos sobre las sábanas blancas. Las yemas de los dedos se deslizan sobre sus pieles de terciopelo y se convierten en fuentes que emanan efervescentes burbujas de amor. Los labios se rozan con desesperación y amortiguan sonoros besos a través del eco ensordecedor de una pasión enardecida.

Ella eleva sutilmente las caderas y Ernesto las atrapa entre sus dedos ciñendo su ser al de su mujer, lo hace con tal perfección, con tal complicidad que semejan formar una sola persona.

Un cuerpo.

Dos almas.

Dos corazones.

Un solo momento.

Ernesto abre los ojos y ondea sus caderas.

Laura cierra los suyos y mordisqueándose el labio inferior, abandona sus sentidos para disfrutar de las apasionadas embestidas.

Sus cuerpos se convierten en olas frescas de agua espumosa que vienen y van agitándose apasionadamente en un mar entregado al placer.

Los jadeos se hacen más fuertes, sostenidos en una cadencia que aumenta poco a poco hasta convertirse en una intensa onda sonora. Un leve grito de mujer amada llena la estancia y el cuerpo de Laura estalla en un orgasmo intenso, vertiginoso y caliente que le hace arañar el colchón.

De repente, la oscuridad de la habitación se convierte en fuegos artificiales y todo a su alrededor parece quedar envuelto en un baile sin música impregnado de luz y color.

Pasión y entrega.

Sonrisas.

Miradas.

Suspiros.

Gemidos.

La cama abraza las pieles saladas entre sus sábanas revueltas. Él no cesa de depositar la semilla de sus besos sobre la joven piel. Busca los femeninos labios de chocolate y, entrelazan sus lenguas en un baile sin final, lo hacen emprendiendo un camino hacia lo salvaje, hacia el descontrol total que maneja el verdadero deseo.

Una música de tintes habaneros suena en el exterior.

*Tiene mi Cuba un son y una cantina,  
hecha de caña y ron y agua marina.  
El cantinero es un buen cubano,  
que una historia de amor lo volvió malo.  
Cantinero de Cuba, Cuba, Cuba,  
Cantinero de Cuba, Cuba, Cuba,  
solo bebe aguardiente para olvidar.*

Ernesto susurra la letra de la canción sobre la piel de su mujer y los cuerpos vuelven a fundirse apasionadamente hasta que sin apenas darse cuenta, el anonimato de la noche, de forma pícaro y placentera, les acompaña para dejarlos abandonados en los brazos del dios Morfeo.

A la mañana siguiente los despierta el alegre chapoteo del agua, una jaranera melodía caribeña y las risas de los niños en el exterior de la cabaña.

Cielo azul frente agua azul.

Cantos de pájaros.

Luz y color.

Laura aún siente sobre su piel las caricias de Ernesto.

Gira la cabeza, y lo contempla dormido, tranquilo, relajado. No puede evitar una sonrisa confeccionada con mimbres de sueños, nostalgia y ternura... «Nunca dejé de quererlo, ni siquiera cuando me alejé de él para hacer realidad aquel sueño de juventud que fue viajar a Asturias. En mi interior siempre estuvo esa mirada almendrada, esa sonrisa sin igual... Hoy sé que nunca podré amar a otro hombre como lo amo a él, sé que nunca podré entregarme a otro hombre con la plenitud y confianza con la que me entrego a él», piensa.

El abundante caudal que desciende por el meandro del río, hace resonar sus aguas entre la espesa arboleda que, a su vez, agita sus hojas mecidas por el paso del viento.

Ernesto se despereza con lentitud, y volteándose hacia ella, le sonrío somnoliento en medio de un silencio repleto de mensajes ocultos... «Me siento afortunado a su lado. Ella es la mujer que siempre amé y deseé. Mi primer amor, mi dicha... Es la única persona por la que, si fuera preciso, daría mi vida».

Palabras.

Pensamientos transmitidos con el silencio.

Complicidad sin límites.

Ernesto guiña un ojo a su mujer y le da un beso.

Dicen que el amor no requiere ser perfecto, tan solo necesita ser verdadero.

Se sienten plenamente felices, aunque la realidad es, que mientras se disfruta, nadie sabe que posiblemente está viviendo uno de los momentos más dichosos de su vida.

Llega la ducha y el agua resbala por la espalda de Laura, inventa divertidos dibujos sobre el vaho acumulado en el espejo del baño. Después, envuelta en una toalla, huye de las cosquillas de Ernesto por toda la habitación.

La pareja, entre miradas cómplices, abre la puerta con menos precipitación que la cerró la noche pasada.

Afianzan la hoja de madera suavemente a su espalda.

Recorren apenas una decena de metros y se encuentran con la sonrisa transparente de la siempre alegre Ana Elena. A pesar del paso del tiempo, esta sigue manteniendo el cuerpo lozano, redondo y de anchas caderas que lució en su juventud. Tiene un humor innato. Es guapa sin serlo demasiado. Atrae por el carisma que desprende y por su dinamismo, siempre acompañado de un porte amable y sonrisa de niña pícara.

Laura saluda.

—Buenos días, mi amor. Y... gracias por quedarte esta noche con los chicos, así Ernesto y yo hemos podido disfrutar de una velada especial. Única... ¡Nos hacía tanta falta! —ambos entrecruzan una ojeada juguetona, como la que envía la luna al sol antes de su eclipse.

—Ya te lo dije ayer, Laurita, me alegra mucho haber coincidido aquí con vosotros. Así hemos podido hablar de nuestras diferencias del pasado y también he podido ayudarte... Dentro de mí siento que, a pesar del tiempo transcurrido, te lo debo.

Las mujeres se toman del brazo y ensimismadas en un diálogo de acento marcadamente cubano, emprenden un breve paseo dejando atrás a los chicos y también a Ernesto.

Risas en el aire.

Palabras de algodón.

Sus pasos las llevan hasta los márgenes del río, rebasan unos arbustos de arándanos, el rumor del agua transparente y verde las envuelve en un manto de armonía.

—Ana Elena..., no sé si coincidir este fin de semana ha sido casualidad o solo un nuevo capricho del destino, pero... la verdad es que después de tantos años, sin pretenderlo, nos hemos encontrado aquí. Ernesto y yo veníamos a disfrutar de un fin de semana con los niños antes de que él vuelva a la plantación de tabaco, y resulta que aquí estabas tú trabajando —se lleva la mano a la boca, como quien guarda un secreto que no ha salido de sus labios.

—Sí, reconozco que vuestra llegada me dejó sorprendida y, al principio, incluso un poco incómoda... En realidad, no sabía cómo manejar la situación —revela con una mirada limpia, desenvuelta, de cervatilla.

—Te creo..., ¿sabes, mi amor? El tiempo ha pasado, sí. Pero en nuestra infancia y después, en la adolescencia fuimos amigas, casi como hermanas y, resulta que los caprichos del destino todo lo truncaron. Ahora... —Laura se encoge de hombros—, la vida nos ha hecho volver a coincidir, sepamos aprovecharlo. Sin malentendidos, ni rencores.

—Gracias... No sabes cuánto me alegra escuchar tus palabras. Necesitaba oír de tu boca estas frases, tener tu comprensión... La verdad es que siempre has sido muy buena persona. Me siento orgullosa de ti, y feliz. Sí..., feliz de que vuelvas a estar en mi vida, Laura —la emoción empaña la voz de Ana Elena.

—No digas eso, solo soy un ser humano más, y tú... tú siempre serás mi amiga, mi hermana del alma. Lo pasado, pasado está.

—Quiero que vuelvas aquí más veces, que lo hagas siempre que Ernesto y tú podáis. Me gustará volver a veros. Pasar un rato juntas, compartir nuestras confidencias como cuando éramos niñas.

—Lo haremos, Ana Elena. Ahora que nos hemos reencontrado, no quiero perderte. Volveremos al campismo y así, a partir de este momento, siempre estaremos en contacto —sacudiendo los hombros, se interesa—. Entretanto, dime... ¿cómo te va la vida? ¿Has formado una familia?

—Sí y no. Te cuento... llevo una vida tranquila, me va bien en el trabajo y tengo una relación con un chico que también trabaja aquí en el campismo.

Pero... hijos no, no he podido tener. Sé que ellos son el círculo de la existencia, lo que le da sentido a todo... —niega con la cabeza y el brillo de su mirada se apaga ligeramente—, pero no puedo tenerlos. Aunque... ¿sabes, mi amor? La vida me ha bendecido con una preciosa sobrina que es toda una princesa y... y ella me ha robado el corazón —ríe con ese gesto desenfadado que siempre le hace resplandecer de alegría—. Y ahora dime... para ti ¿cómo han sido todos estos años?

Laura sopesa la respuesta.

Duda.

Antes de hablar descubre como un entusiasta pájaro carpintero, se afana en golpear el tronco de un árbol con un picoteo constante.

Carraspea y avanza unos pasos sobre el camino de tierra antes de confesar...

—No sé por dónde comenzar a contarte... después de todo lo bueno y malo vivido en España y mi posterior regreso, reconozco que ahora soy muy feliz al lado de mi familia. Amo a Ernesto con locura. Tenerle a él y a mis hijos, es lo mejor que me ha podido suceder en la vida —percibe que su amiga se tensa ligeramente e intenta interrumpirla para decirle algo, pero ella, intuitiva, se adelanta—. Ana Elena, no... Escúchame, has sido y serás siempre mi mejor amiga. Estando en San Juan del Valle, te eché mucho de menos. Necesité hablarte, contarte todo lo que me estaba pasando... Yo estaba allí y tú aquí en La Habana, nos separaban casi 8.000 kilómetros y ambas teníamos que sobrevivir... Como dice el filósofo Nietzsche: «No hay hechos, solamente interpretaciones». Los celos no nos conducirán nunca a ningún lado reconfortante. Por ello sé que no tienes que darme explicaciones de nada, los sucesos pasan y... y sé que tuviste una relación sentimental con Ernesto, él me lo contó. Ya... el pasado, pasado está. Todos hemos cometido errores, y hemos aprendido de ellos para que nos ayude a ser mejores personas. Toda montaña enmarca un valle, todo precipicio tiene un fondo. Todo en la vida es temporal, salvo el propio tiempo. Todos hemos sufrido y también sobrevivido a la adversidad, así que debemos estar agradecidos por estar aquí disfrutando de este precioso y mágico momento.

Crónica del recuerdo.

Una expresión triste cruza el semblante de ambas. Aún quedan en su memoria demasiadas presencias del pasado. Son muchas las vivencias compartidas. Un complicado puzle de alegrías y desilusiones repartidas a partes iguales.

Ana Elena sacude la cabeza desechando las evocaciones negativas y envuelve sus palabras en una sonrisa de chocolate.

—Mi amor... ¿recuerdas cuando ibas a mi casa y te subías a aquel árbol grandote? Ja, ja, ja, ja... Mi mamá te gritaba con la zapatilla en la mano: «¡Baja de ahí, niña, que te vas a matar!».

Añoranzas del pasado.

La voz de Ernesto rasga el viento y rompe el momento de confidencias.

—Laura... ¡Laurita! Voy con los niños a dar un paseo a caballo.

A la vez que habla, no pierde el tiempo y mientras les da la espalda, se aleja agitando la mano al viento a modo de despedida. Parece un niño más, perdido entre la silueta de sus hijos.

La repentina imagen de Ernesto evoca en Laura retentivas que nunca la abandonarán mientras viva. La pregunta que le acaba de realizar su amiga la ha reavivado como ascuas bajo el viento... «¿Cómo explicarte cómo han sido estos años?», piensa.

Se encoge de hombros.

Por un momento, no puede evitar recordar el momento en el que abrió los ojos en el hospital de Gijón rodeada de aquel silencio pegajoso, que solo era interrumpido por los bips de los monitores, y el continuo siseo del oxígeno.

Allí estaba Ernesto. Sereno. Risueño.

Velando por ella y su maltrecho cuerpo como si de un ángel de la guarda se tratara, dedicándole una de las sonrisas más francas que había visto en mucho tiempo.

Ella, que en sus sueños de adolescente se había subido a un avión para ascender a los cielos, descendió al mundo de la miseria rodeada por una cruel realidad. De repente, ante sus ojos, allí estaba él, Ernesto, su Ernesto, para rescatarla del infierno.

Incansable, no la abandonó ni por un momento hasta conseguir que ella brillara de nuevo como una luciérnaga en la noche.

Cierra los ojos y resuelve el momento con una nueva risa voladora, esa con la que tan bien se le da fingir y enmascarar sus momentos de tristeza. Se detienen en el margen del río. Buscan piedras blancas, de cantos pulidos y las lanzan para dibujar ondas sobre el agua. Los círculos crecen, se multiplican y se imaginan la melodía adecuada para acompañar ese juego de bucles y ondulaciones. La eligen: la música será su risa de colores.

Pocas cosas producen más placer que encontrar algo con lo que no cuentas. Que está escondido. Sin buscarlo. La gracia radica en que caiga en tus manos sin esperarlo. Así está siendo el fin de semana: alegre, motivante, favorecedor.

Bailan con los pies desnudos sintiendo la humedad de la tierra.

Risas.

Palabras.

Amistad sin términos ni límites, y llega el momento de la despedida.

Se acaba el fin de semana. Finaliza el tiempo de la despreocupación y el descanso.

Tras la comida, toda la familia recoge sus pertenencias en la cabaña. Lo hacen en silencio, envueltos en un halo de nostalgia. Con un abrazo se despiden de su amiga, con una mirada en derredor lo hacen del lugar y con un barco de papel navegando sobre sus aguas, también del río.

Ascienden a la guagua que, con un arrullador ronroneo del motor, les trae de vuelta a casa. La espontaneidad e inquietud de los niños hace que la hora y media del viaje de regreso discurra entre un mundo de fantasía, bromas y juegos.

Calor.

Mosquitos que pican con saña desmedida.

Baches en la carretera.

En la ciudad de La Habana descienden del autobús en la calle L, justo en la confluencia con la calle 23. A su espalda, el hotel Habana Libre les saluda majestuoso. Caminan entre los árboles del parque y se protegen de los rayos del sol bajo los arcos de las casas de origen hispano del barrio de El Vedado. El polen se desprende de los árboles y vaga por el viento formando nubes peludas y blancas que semejan bolas de algodón dulce.

Poco a poco el disco, aún difuso, del sol emprende su descenso por detrás de los edificios. A la mente de Ernesto sobreviene la estela de sus vivencias adolescentes. Aquellos momentos en los que acompañaba a su novia hasta las proximidades de la casa de sus padres, y antes de llegar, le robaba un beso fugaz en la comisura de los labios. Todo ello siempre a escondidas de Robelio, ya que al padre de Laura siempre le disgustó que su hija pudiese emprender un noviazgo con él.

Recuerdos.

Paso a paso llegan ante el edificio que un día albergó el Centro Asturiano de La Habana.

Blanco. Imponente.

Laura se queda mirando una vez más, su elaborada fachada. A pesar de no

haber accedido nunca a su interior, el edificio la llena de nostalgias y recuerdos.

Allí comenzó todo.

Sus sueños, sus ilusiones, el viaje a España.

Ese edificio ha marcado su existencia. De alguna manera, su vida está ligada a él. La mayoría de los seres humanos adultos encuentran en sus recuerdos de la infancia una etapa de indeterminación, una etapa de la vida en la que la soledad de su mente se enfrenta al abrupto reto diario de la existencia.

Ernesto habla y con su voz consigue abstraerla de las cavilaciones.

—Esperadme aquí un momento.

Cruza la calle a grandes zancadas.

El conductor de un Pontiac negro del 58 con un gastado techo de tonos blancos, hace sonar el claxon. El hombre lo ignora y avanza hasta un puesto que vende flores en la calle. Con una rápida ojeada detecta el ramo que más le gusta.

Intenta regatear el precio.

No lo consigue.

El vendedor, provisto de una enorme nariz que disimula con una gorra de beisbol y parece estar construida exclusivamente para soportar el peso de la moldura de sus gafas, se mantiene firme en el precio inicial. Ernesto sacude la cabeza aceptando y le entrega un puñado de pesos cubanos. Toma entre sus dedos el ramo de rosas y gladiolos, sabe que son las flores preferidas de Laura. Su Laura.

Rojo, blanco y verde.

El ramillete va ligado en su parte inferior con una cinta de raso bañada en tonalidades azules y lunares blancos. La joven aún no sabe que esa cinta se convertirá en su aliada el resto de su vida.

Con que ingenuidad desconocemos el futuro.

Ernesto vuelve a cruzar la calle sorteando los coches. La circulación en esa parte de la ciudad está en el momento más álgido del día, pero esta vez nadie le recrimina la acción.

Emoción.

Ella, al ver las flores que tanto le gustan, pega pequeños saltitos y, con la espontaneidad de una niña se arroja a sus brazos.

—¡Gracias, mi amor!

Pocas cosas resultan tan atractivas en un hombre como su cortesía, su paciencia y su tolerancia.

Besos de ida y vuelta.

Abrazos de terciopelo.

Risas alegres.

Él la mira a los ojos, dulcemente, con la yema de sus dedos retira una lágrima traicionera y salada que Laura no es capaz de detener. Es una lágrima hermosa, rebosante de felicidad.

Sin duda, las lágrimas también sirven para desnudar el alma

—Laura... Te quiero. Sabes que te he querido desde que te conocí. Fuiste, eres y serás la única mujer que habite en mi corazón y en mi vida —acerca los labios a su oído y susurra—. Deseo..., deseo ser el haz de lluvia fresca y fina que cada mañana se adhiera a tu piel y se deposite en tus piernas para rozar tu piel. Quiero ser el jabón que resbala entre tus pechos y se escurre por tu ombligo hasta gotear sobre los pétalos de tu sexo. Siempre querré ser la cama que te da descanso, el suave algodón de tu ropa interior, el sol que te acaricia...

Laura suspira.

Le hace callar con un beso.

Siente que se desatan tambores en su alma.

—Amor mío, no sé qué sería de mi vida si no estuvieras a mi lado. Creo que nunca habría llegado a ser el ser humano que soy, a sentirme tan mujer como me siento, llena, plena, libre, amada, entregada y... feliz —entrecierra los párpados—. Contigo tengo la familia que siempre deseé tener. Nunca llegarás a saber cuánto amor poseo para darte el resto de mis días. Gracias papito... gracias por hacerme tan feliz ¿Sabes amor?... Este fin de semana ha sido muy especial, y no lo voy a olvidar nunca, nunca, nunca —mira las flores—. Tengo ganas de llegar a casa y ponerlas en un jarrón para que no se marchiten —sonríe pícaramente—. Haré algo más... voy a coger una de estas rosas y la voy a guardar dentro de uno de mis libros para tenerla siempre de recuerdo.

Media docena de gorriones, gordos y hambrientos, se acercan a picotear unos granos de arroz que alguien ha dejado sobre las piedras de la acera. Ernesto, divertido, evita asustarlos y los esquiva, mientras rascándose la cabeza se encoge levemente de hombros.

Momentos felices.

Armonía.

Tiempos de paz.

Esa noche, sentados sobre la cama, el hombre deposita la cinta de color azul y lunares blancos que envolvía el ramo de rosas sobre la palma de la mano de su

mujer, y después, con sus propios dedos, la envuelve hasta cerrarla en un gesto de ternura y protección.

—Cuando te sientas sola, cuando necesites ser fuerte, cuando tengas un momento de debilidad, no tengas miedo... aprieta con fuerza esta cinta. Ella te ayudará, y yo... yo a través de ella te cuidaré para siempre. Nunca dejes de creer en mí, nunca dejes de creer en ti. No... nunca dejes de creer mi amor, porque la ilusión... la ilusión siempre será el primero de todos los placeres.

Laura le observa y, tal y como hacía cuando era una adolescente al ponerse nerviosa, se mordisquea el lateral del dedo meñique y asiente con una sonrisa enamorada. Después, el joven cierra la ventana, alguien recrea música en la calle haciendo sonar unas maracas, la guitarra y el bongó. El sonido de la melodía queda apaciguado por los cristales de la ventana.

Llega la noche estrellada.

Pasadas las 11 de la noche, Ernesto acompaña a sus hijos a la cama, la habitación huele a incienso y manzana. Como quien revela una confidencia, baja el tono de su voz hasta que se convierte en un murmullo.

—Chicos..., debéis cuidaros mucho y también cuidar mucho, pero... mucho, mucho a vuestra mamá ¿estamos de acuerdo? —Yadira y Ariel, con los ojos muy abiertos, asienten con la cabeza—. Me tengo que ir a Pinar del Río, solo nos separan dos horas de viaje por carretera. Estaré allí dos o tres semanas... pero esa ausencia pasará muy rápido y pronto estaré de regreso. Nunca olvidéis que os quiero mucho y... —toma las pequeñas manos de sus hijos entre las suyas—siempre, siempre viajáis conmigo en el corazón y en mi pensamiento.

Los arroja con la suavidad de su sonrisa dibujada en los ojos y, girando su cuerpo, toma el joyero musical que un día fue de su madre y le da cuerda. Cuando levanta la tapa, la bailarina que habita en su interior inicia una danza sin fin al son de la dulce melodía *Para Elisa* de Beethoven.

Existen momentos en los que el tiempo parece que se detiene. Debemos estar lo bastante despiertos para percibirlos porque, esos instantes, casi nunca vuelven.

Aquella noche Yadira y Ariel se duermen con el recuerdo de la mano grande, áspera y fuerte de su padre acariciando la suya. No se han dado cuenta, que tal y como hace cada vez que se va unos días a la plantación, les ha dejado una nota bajo la almohada.

La descubrirán en la mañana.

*Cuando penséis que algo en vuestra vida es complicado, indicará que no tenéis la suficiente fuerza para luchar por ello. Sin embargo, no olvidéis nunca que la felicidad no se alcanza mediante la ausencia de problemas, sino enfrentándose a ellos. Porque los únicos límites que tendréis para mañana son las dudas que podáis albergar hoy.*

*Hasta dentro de muy pronto*

*Papá*

Nadie puede saber qué despedida aguarda tras las palabras *hasta luego* o *adiós*. Nadie sabe dónde está el último beso, el último abrazo, ni siquiera el último día.

Nadie.

Noches sin sueño.

Sueños sin noche.

Al otro lado de la ventana, en las sombras bajo las estrellas, se escucha tres veces el ulular de una lechuza. Mal presagio para finalizar un día que ha sido perfecto. Aunque Ernesto, ensimismado en el cálido abrazo que recibe de sus hijos, no es capaz de percibir ese mal fario.

El futuro ya es irreversible.